

LA ABUELA AMELIA

Soy una persona real, de carne y hueso, pero la gente se niega a verme; hasta yo misma no me reconozco. He escrito en este libro durante un puñado de años, concretamente desde que mis hijos y nietas me lo regalaron, pero no puedo recordar hace cuánto tiempo fue, no recuerdo ni sus caras, ni su risa, ni su voz, no recuerdo nada de ellos, sólo aquel día en que me llevaron a un edificio con un pequeño patio y numerosas habitaciones llamado residencia. Desde aquella mañana, vago por los pasillos y por el patio con mi andador y escribo lo que recuerdo de mi vida en este cuaderno llamado "Abuela, háblame de ti". No consigo recordar cuándo los vi por última vez, pero tengo la sensación de que fue hace mucho tiempo. Creo que tengo dos hijos que viven en la ciudad, que a su vez tienen dos hijas y mujer. A medida que fueron haciéndose mayores dejé de verlos. Tras la muerte de mi marido, casi nunca me venían a visitar y me volví invisible. Hasta que hubo una gran discusión entre ellos y acabé en este lugar, sola.

A veces se me olvida hasta mi nombre, pero sí recuerdo mi pasado, mi juventud, las cosas que me gustaban y la fecha en que Benito y yo nos casamos el 11 de agosto de 1958, fue un día precioso en la iglesia del pueblo. No sé cuánto tiempo llevo en este lugar, pero me siento vacía, perdida; aunque sí que es verdad que aquí dentro, y también en mi corazón, hay una persona muy especial y a la que aprecio mucho, Carmen, la cuidadora que me hizo recobrar mi vida hace unos días.

Hace poco, unos quince días más o menos, por la mañana mi alarma no sonó para bajar a desayunar como habitualmente, sobre las nueve; entonces una chica joven me vino a despertar. Nunca la había visto, pero me inspiró confianza, así que supuse que era una chica nueva. Ella me levantó cuidadosamente llamándome por mi nombre, me ayudó a asearme y a vestirme, me acercó mi andador y juntas caminamos hasta el ascensor. Allí me contó que se llamaba

Carmen; era risueña y amable, algo poco habitual. Al terminar el desayuno me acompañó a la sala de fisio y luego me vino a buscar para llevarme hasta la habitación. Allí, en mi cuarto, se interesó por mí. Le conté por qué estaba en la residencia y mientras yo iba hablando creo que ella ya sabía que en mi interior había un bichito que se comía las hojas de mi memoria, pero no las raíces; le hablé de mi pasado y del cuaderno que escribía. Ella se entusiasmó mucho por el libro y me preguntó si podía leerlo junto a mí para poder conocerme más.

Carmen me enseñó en pocos días lo que era la felicidad de verdad; ya lo había olvidado y pude sentir la alegría recorriendo mi cuerpo otra vez. Hicimos pequeñas cosas juntas. Fuimos a comprar la prensa y unas almendras al parque y nos sentamos a la sombra a comentar las noticias de la actualidad; otro día me llevó por la calle donde vivía y pude ver la fachada de mi casa, lo cual me emocionó; también fuimos a la playa y pude tocar el mar con los pies después de muchos años; pero lo que más me llena y apasiona es la hora de “refrescar” la mente, como dice Carmen, cuando me lee mi libro con mis historias de la juventud, las que yo fui escribiendo hace años en el cuaderno, cuando el bicho que se apoderó de mí estaba aún en el exterior. Recobré mi vida y hasta creo que el parásito se ha ido de vacaciones porque recuerdo mi nombre más a menudo, Amelia. Ahora me siento como en casa con Carmen a mi lado.

Tras el funeral de mi abuela fuimos a la residencia a recoger sus cosas. Siento pena por no haber disfrutado más de su compañía por culpa de mis padres, adultos que solo se centran en su trabajo y en sus vidas y que nunca tenían tiempo para ir a visitarla y llevarme con ellos. Recuerdo que cuando entramos en la habitación de mi abuela, su olor impregnaba toda la estancia; encima de sus tapetes hechos a mano y al lado del despertador estaba aquel libro, lleno de historias de hace años y alguna más actual. Después de leerlo por encima me di cuenta de que la edad de las personas no importa, todos tenemos

luz. Una luz que debemos cuidar y proteger para que no se apague y se mantenga.
Abuela, te quiero y tu historia siempre estará conmigo.

Nerea García González – 4.º ESO A